



Alegría de Adviento

Esta columna apareció por primera vez en lo Crónica Diocesana del 30 Noviembre, 2014.

Cada Adviento vuelve nuestra mente y corazón al misterio de la Palabra hecha carne, de donde vino, cómo llegó hasta aquí, por qué vino. Este enfoque litúrgico se presta a una coloración particular de Adviento, a los Misterios Gozosos del Rosario, sobre todo los primeros tres: la Anunciación, la Visitación y el Nacimiento de nuestro Señor.

Adviento me invita a personalizar estos Misterios Gozosos, para conectar los eventos ocultos en la vida temprana de Jesús con los eventos correspondientes a la mía. ¿Lo que le sucedió a Jesús tiene algo que ver con lo que me pasó a mí? ¿Pueden los “capítulos” alegres de la historia de Jesús dar luz a la historia que se desarrolla en la mía?

El primer misterio gozoso es la Anunciación a María. Podríamos simplemente llamarlo la concepción de Jesús, porque en el momento del “Sí” de María al ángel ella concibe por obra del Espíritu Santo, y el Hijo Eterno del Padre toma carne en su vientre. En el momento él no estaba allí; enseguida ya estaba.

Así fue con usted y conmigo en el momento

de nuestra concepción. En Un segundo no existimos; en el siguiente segundo ya existíamos. Pero en la unión de las células germinales de nuestros padres que trajeron este cambio a la existencia fue algo en lo cual nosotros nada tuvimos que ver. No fuimos nosotros los que hicimos este proceso de formación de vida ni tampoco los que lo completamos. De principio a fin, este alegre misterio de nuestra concepción, fue un don.

Lo mismo es cierto de los nueve meses que pasamos en el vientre de nuestra madre, un “recuerdo” olvidado que el segundo misterio gozoso, la Visitación, nos recuerda. Al saludo de María, el niño en el vientre de Isabel saltó de alegría por la cercanía del niño en el vientre de María. Sin duda, nosotros también saltaríamos, en el vientre de nuestra madre. Ese primer hogar terrenal estaba esperando para recibirnos, perfectamente diseñado para nuestra protección, crecimiento y desarrollo. Pero no fuimos nosotros quienes lo diseñamos, ni podemos entender la mente de su diseñador. Desde el primer mes hasta el noveno fue un puro don, este misterio del embarazo lleno de alegría.

En los oscuros y acuosos recovecos de la matriz todas nuestras necesidades fueron satisfechas sin esfuerzo nuestro. Si hubiera sido nuestra la decisión, estaríamos allí todavía; nunca habiéramos salido. Pero, al igual que el hijo de María en el Tercer Misterio Gozoso, fuimos echados fuera de repente en la erupción violenta de nuestro

nacimiento. Y allí esperando para recibirnos y darnos la bienvenida estaban las manos de nuestros padres, un hombre y una mujer hechos un solo ser, por la unión complementaria del matrimonio al servicio de la vida.

Nosotros no asignamos el momento ni el lugar para nuestra entrada a este mundo; a nuestra llegada nos encontramos ya colocados. El misterio gozoso del nacimiento es puro don. Todo ha sido preparado con anticipación para nuestra llegada.

Reflexionando este Adviento en la concepción, gestación y nacimiento, de Jesús, y en el nuestro propio nos damos cuenta de que todo ser humano llega a este mundo por igual, situado en la recepción del Misterio. Alguien ha preparado un lugar para nosotros en el banquete de la vida. ¿Quiénes somos nosotros para negar la admisión a otro ser como a nosotros mismos cuando el Creador del mundo ha tenido tan gran y amoroso cuidado para hacer lugar para nosotros?